

año ochocientos, y cuya disolución proclamó Francisco José el seis de Agosto siguiente, en un discurso conmovedor, impregnado en ideas nobles y elevadas. El monarca austriaco había tomado dos años antes el título de Emperador de Austria. Creando la Confederación del Rin se asestaba un golpe terrible á Prusia, pudiendo traslucirse el móvil que presidió á su origen en el sospechoso secreto con que se siguieron las negociaciones preliminares. Aun, no obstante, habría disimulado sus resentimientos aquella potencia, si nuevos hechos no hubiesen puesto de relieve la doblez con que procedía el Emperador de los franceses. Había éste propuesto á la corte de Berlín la formación de otra Confederación del Norte, y Federico Guillermo se apresuró á acoger la idea, gozando de antemano con el buen efecto que su ejecución había de producir en sus súbditos, hartos ya de humillaciones; pero al intentar darle forma práctica, tropezó con tantos entorpecimientos que nada pudo concluir en definitiva. Sajonia y Hesse, protestando de su buena voluntad, le opusieron razones dilatorias, y pronto se averiguó de dónde provenían los obstáculos. Su autor era Napoleón, que trabajaba bajo cuerda valiéndose de seducciones, promesas y amenazas para atraer al elector de Hesse á su sistema de alianza con la Alemania del Sur, al tiempo que prohibía á las ciudades anseáticas entrar en la Confederación del Norte. Murat no se recataba de hablar de su futuro reino; Augereau, acampado en Anspach con su cuerpo de ejército, brindaba públicamente por el éxito de la futura guerra contra Prusia, y Napoleón mandaba fortificar el Wessel, cuya ocupación se había verificado en los momentos mismos que Bascher declaraba solemnemente en la Dieta de Ratisbona, en nombre del Emperador, «que los límites de Francia no avanzarían nunca más allá del Rin». Finalmente, llegó á Berlín el cinco de Agosto un despacho de Lucchesini anunciando, como antes indicamos, la frescura con que Napoleón ofrecía á Inglaterra el territorio de Hanóver. Con esto se colmó la paciencia de Prusia; Federico Guillermo ordenó movilizar su ejército.

De modo que, apenas disuelta la tercera coalición, á costa de tanta sangre, con las victorias de Ulma y de Austerlitz, iba á surgir otra nueva, promovida por el pueblo que había sido recompensado de sus grandes servicios á la causa napoleónica con crueles afrentas é intolerables vejaciones. Y, sin embargo, Francia estaba necesitada de reposo; su situación interior era lamentable al extremo que, en el invierno de mil ochocientos cinco á mil ochocientos seis, había habido una crisis económica, que produjo sinnúmero de catástrofes. Pero Napoleón no obedecía á más ley que su egoísmo, el cual extraviaban insensatas aspiraciones, y al tiempo que lanzaba á su patria á nuevas guerras, remachaba en lo interior las cadenas de su servidumbre haciendo publicar un catecismo, aprobado por el legado de Caprara, no obstante la prohibición de la Santa Sede, en el que casi se divinizaba su persona.



CAPITULO SÉPTIMO

De Jena á Tilsit.



El pueblo prusiano no se mostraba tan manso y sufrido como su gobierno ante las repetidas ofensas de que era objeto por parte de Napoleón, de manera que, al conocerse el nuevo estado de ánimo del monarca, la indignación contenida por espacio de tanto tiempo estalló con extraordinaria violencia, condenándose unánimemente la política de paz á todo trance que causara el envilecimiento de la nación. Ya en Mayo anterior, el ministro de Hacienda, Carlos Stein, había hecho llegar á poder de la reina una memoria, donde se formulaban duros cargos contra «las impuras y débiles manos á que estaba confiada la dirección de los negocios extranjeros, siendo de temer, se decía, que si continuaban manejándolos concluirían por acarrear «la disolución del Estado ó la pérdida de su independencia», y estas patrióticas exhortaciones recibían ahora el impulso incontrastable del sentimiento popular. Napoleón, tanto en Italia como en Austria, no había encontrado en su camino sino Estados cuyos disgregados elementos apenas poseían la noción del amor patrio, y en los cuales, detrás del gobierno, había solamente individuos, ó á lo más, provincias, de suerte que, vencidos sus ejércitos, el país se le entregaba; en Prusia, por el contrario, detrás del Rey estaba el pueblo, un pueblo homogéneo, instruido, inteligente, orgulloso de las grandes cosas ejecutadas en tiempo de Federico II, resultando de aquí que, bajo tal respecto, en vez de tener Francia sobre Prusia la superioridad á que debiera en buena parte sus maravillosos triunfos, necesitaba vencer la fuerza de donde aquella se derivaba. Un en-

jambre de folletos patrióticos inundó á Alemania, y Napoleón, en venganza, hizo juzgar militarmente y fusilar el veintiséis de Agosto en Nuremberg, ciudad cedida á Baviera, si bien estaba aún ocupada por sus tropas, al librero Palm, acusado, como otros muchos, de haberlos vendido. El asesinato de la inocente víctima de las iras imperiales, arrancó un grito de horror á todas las poblaciones alemanas. Prusia sólo temía que, cual otras veces, no se evaporase en vanos alardes la decisión de Federico Guillermo, y para evitarlo, el dos de Septiembre fué entregado al Rey en persona un memorial, firmado por sus hermanos los príncipes Enrique y Guillermo, por el príncipe Luis Fernando, por el príncipe de Orange, por Stein y por los generales Ruchel y Phull, pidiéndole la destitución del conde de Haugwitz, como única garantía de que á los armamentos que se estaban llevando á cabo no seguiría el desarme como el año anterior. Cuatro días después, escribió Federico Guillermo al emperador Alejandro: «Sólo admitiría la paz con dos condiciones: primera, que las tropas francesas pasaran el Rhin; segunda, que no se opusiera obstáculo alguno á la confederación del Norte»; y en el *ultimátum* que el primero de Octubre presentó Knobelsdorf á Napoleón en nombre del Rey, se formulaban dichas dos conclusiones, con más la de que Wessel fuese restituido y que las tropas francesas comenzaran su retirada el ocho del mismo mes. Contábase de antemano con la negativa de Napoleón, y de consiguiente, podía darse la guerra por declarada.

El ejército prusiano era instruido, valiente, entusiasta, disciplinado, pero adolecía de dos defectos á cual más graves: uno, carecer de la experiencia que sólo se adquiere en los campos de batalla; otro, ir mandado por generales en quienes el hielo de los años había enfriado el calor de la sangre. Al frente de la juventud que había acudido á defender y vengar el honor nacional, figuraba el príncipe Luis, cuya caballerosidad y nobles prendas le hacían ya objeto de general admiración, y á su lado estaban el príncipe Enrique y la hermosa Reina, que Napoleón había de inmortalizar con sus ultrajes, tan cobardes como groseros. A ejemplo de María Teresa, la reina Luisa había querido animar con su presencia el ardor de las tropas y sostener el alma, siempre fluctuante é indecisa, de su marido. Escritores, como Arnat, y poetas, como Kotzebue, llamaban á sus compatriotas á las armas, y el gran filósofo Fichte, antes apologista ardiente de la Revolución francesa y enemigo irreconciliable ahora del cesarismo triunfante, pedía puesto entre los defensores de la patria; pero, á pesar de la espontaneidad y de la extensión de este movimiento generoso, sea que hubiese faltado tiempo para dirigirlo y organizarlo, sea que no se comprendiese la necesidad de hacer un esfuerzo supremo, el principal contingente del ejército lo proporcionaron aún las clases nobles y militares, con lo que, aquella población valerosa y exaltada, que deseaba con vehemencia participar del peligro común, estaba condenada todavía á permanecer como simple espectadora del combate. Este error fué tanto más grande cuanto que Napoleón pocas veces desplegó tal lujo de fuerzas, resuelto á aplastar al ejército

contrario con la superioridad numérica de sus tropas. Los prusianos dividieron las suyas en dos cuerpos, mandado el uno por el duque de Brunswick, que era el generalísimo, y el segundo por el príncipe de Hohenlohe: éste último había sido reforzado con veinte mil sajones. Entre los dos contaban próximamente cien mil hombres, elevándose al doble las fuerzas de Napoleón; la desigualdad era terrible. El plan de los primeros se acordó en un consejo de guerra celebrado en Erfurt, y consistía en concentrar el ejército del duque de Brunswick entre Gotha, Erfurt y Weimar, á fin de poderlo reunir todo en un día dado, y partir desde luego con el grueso de él y el cuerpo de Hohenlohe al encuentro del enemigo. El Emperador de los franceses dividió su formidable hueste en tres fuertes columnas, de las cuales el frente de la del centro rechazó al general Tauenzien en Schleitz, el nueve de Octubre, y el ala izquierda, mandada por Lannes, se encontraba al día siguiente con el cuerpo de ejército del príncipe Luis Fernando, trabándose sangriento combate, que terminó con la derrota de los prusianos y la muerte heroica del joven caudillo. Esta pérdida causó profundo desaliento entre los compatriotas del Príncipe. Napoleón avanzaba con la rapidez del huracán. El grueso del ejército de Brunswick, en vez de atacarle, como había proyectado, tuvo que retirarse precipitadamente á Auerstadt para tomarle la delantera, mientras el cuerpo de Hohenlohe se encargaba de detenerle en Jena, Dornburg y Kamburgo. Pero el príncipe de Hohenlohe, cuyo jefe de estado mayor, Massenbach, era un mal teórico, no adoptó precaución ninguna, y, sin haberse percatado de nada, al dejar el lecho el catorce de Octubre, vió que tenía encima á los franceses. A las cuatro de la mañana, había llamado Napoleón á los regimientos del general Lannes para decirles: «Soldados, el ejército prusiano está incomunicado, como lo estaba hace un año el austriaco en Ulma. Ese ejército luchará únicamente para abrirse paso y tener de nuevo expeditas sus comunicaciones. En esta situación, el cuerpo de ejército que se dejase vencer quedaría deshonrado. No temáis á esa famosa caballería; opondle el cuadro cerrado y la bayoneta.» A las seis se inició la contienda, siendo desalojado el general Tauenzien de sus posiciones, lo mismo que Holtezdorf; pero la batalla no empezó propiamente hasta que el príncipe de Hohenlohe atacó la aldea de Wierzehnhelligen. El ejército prusiano, cercado por la derecha y cortada su comunicación con los sajones, acometido de frente y hacia la izquierda por fuerzas muy superiores, fué envuelto y arrollado. La derrota convirtiése pronto en dispersión. El príncipe de Hohenlohe carecía de relevantes dotes militares, y su fe ciega en Massenbach lo comprobaba; mas era bravo y pundonoroso, y se batió animosamente, ocupando siempre el lugar de más peligro. Con todo, rindióse su entereza al peso del desastre, y cuando llegó á Welmars conduciendo los restos de su ejército vencido y disuelto, iba en estado de completa «imbecilidad», dice un testigo de vista. A la misma hora que estos sucesos se desarrollaban en Jena, el grueso del ejército prusiano era también deshecho en Auerstadt, con la diferencia, sin embargo, de que en Jena pelearon cin-